

LA REVISION DE LA TRADICION: PRACTICAS Y DISCURSO EN LA NUEVA HISTORIA SOCIAL x

SITUACION Y COMPLEJIDAD

Existen muchas moradas en la casa del Padre, reza un principio evangélico que señala la *diversidad* y *variedad* de las formas religiosas dentro del cristianismo. Trasladado el aforismo a la historia social y poniéndolo en relación con la abundante literatura existente sobre esta materia, podríamos preguntarnos si en lugar de la situación en la que se encuentra actualmente la historia social deberíamos hablar de las distintas formas y modos de abordar dicha disciplina.

No cabe duda que la historiografía presenta un evidente problema según se trate de una u otra época histórica, ya que cada una con sus tradiciones y objetos de estudio preferentes ha practicado el análisis de lo social aplicando métodos y formas de recuperación del pasado que si bien no son diferentes, sí se han centrado en temáticas distintas; por otra parte, ha sido el carácter transversal y de larga duración de las problemáticas abordadas el que ha impulsado el análisis de lo social.

¿Qué causas explican esta situación? Antes que una respuesta necesitamos argumentos y razonamientos; en cualquier caso, si tuviésemos que definir el panorama de la historia social es probable que los dos términos indicados más arriba nos fuesen de gran utilidad; pero si utilizásemos un símil de *márketing* y *publicidad* referido a la visibilidad de las instituciones, entidades y corporaciones, y la dificultad que éstas tienen para hacer llegar sus mensajes a los ciudadanos, tendríamos que añadir las palabras: *dificultad* y *complejidad*.

En definitiva, lo que pretendemos plantear como primera premisa de aproximación al estado actual de la cuestión sobre historia social en España, es la de una cierta desorientación, especialmente a partir de una excesiva teoría, o mejor dicho, de una profundización teórica que nos aleja cada vez más de la necesaria y básica comprobación empírica. Tampoco nos hemos alejado, excesivamente, de la confusión entre teoría y método (Piqueras, 1991)¹.

Nos encontramos, pues, ante problemas que vienen originados por tres razones o casuísticas: en primer lugar, la división de los objetos de estudio; en segundo lugar, el planteamiento metodológico de lo individual frente a lo colectivo y, por último, las semánticas del tiempo y, por tanto, de cada fase o etapa histórica. Estas palabras de Reinhart Koselleck, han condicionado, primero los conceptos y, después, las explicaciones sociales del pasado.

¹X El presente trabajo forma parte del proyecto de investigación: “Sociedad, Familia y grupos sociales. Redes y estrategias de reproducción sociocultural en Castilla durante el Antiguo Régimen (siglos XV-XIX)”, referencia: HUM2006-09559, del que es Investigador Principal, Francisco Chacón Jiménez y ha sido posible gracias a la financiación concedida por el Ministerio de Educación y Ciencia. Secretaría de Estado de Universidades e Investigación.

Pese a la puesta al día que supuso la publicación del congreso (Zaragoza, 1990) de la Asociación Española de Historia Social (S. Castillo (coord.) *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, Siglo XXI, 1991), con un completo análisis temático y por épocas, su penetración e influencia no ha tenido en las prácticas históricas la repercusión que hubiese sido de desear y la calidad de sus textos merece.

De la frase clásica de Lucien Febvre por la que toda historia, por definición, es social y el sentido que M. Bloch otorga a la historia como ciencia del cambio, podemos introducir las palabras de F. Braudel en su conferencia inaugural en el Collège de France en 1950, cuando advertía del peligro de una historia social que olvidase que: “dans la contemplation des mouvements profonds de la vie des hommes, chaque homme aux prises avec sa propre vie, son propre destin”²; o el argumento de Bernard Lepetit al indicar que la historia es una técnica, un oficio fundado sobre la manipulación de archivos, series, contextos, escalas, hipótesis y la experimentación sobre la realidad pasada (Lepetit, 1995, 13). O seguir el consejo y definición de James Lockhart: buscar detrás de las instituciones el *plasma vital* de las relaciones sociales. A partir de estos planteamientos se producen, de manera recurrente, una serie de análisis binarios de carácter dialéctico y contrapuesto (estructura-suceso, larga duración-coyuntura, macro-micro, universal-local), que constituyen el denominador común de las contradicciones espacio-temporales respecto a una de las lógicas más complejas de la historia social: individuo-colectividad.

Pero no se trata de buscar definiciones, sino de entender y explicar cómo se produce la recuperación del pasado; al igual que Edoardo Grendi, Giovanni Levi, Simona Cerutti y otros destacados miembros de la historiografía italiana, creemos que es necesario comprender lo social como una descripción de las relaciones sociales. En 1991, Simona Cerutti recogía una afirmación de E. Grendi en la que ponía en relación las acciones individuales y los fragmentos de vida como una concepción de las relaciones sociales; de esta forma, cada fuente puede capturar la alteridad de los diferentes sistemas de significación y al cruzarse con otras captar el conjunto y el funcionamiento del sistema social reflejado en determinados valores sociales, comportamientos y actitudes (Cerutti, 1991, 1442). Ahora es posible plantear la pregunta: ¿Donde se pueden situar los límites entre los estados individuales y los comportamientos colectivos?

La desorientación a la que hacíamos referencia anteriormente se pone de manifiesto si tenemos en cuenta tres debates que ocupan a la historia social: los modos de descripción de las lógicas del pasado; la estratificación y organización de la sociedad y la comprensión de la historia social como descripción de relaciones. Debates que guardan una relación directa con las casuísticas que hemos señalado más arriba y que planteaban problemas de comprensión y enfoque de la historia social: la división del objeto histórico, individual *versus* colectivo y las, en palabras de Koselleck, semánticas del tiempo.

La atención prestada al lenguaje y al discurso como prácticas estructuradas de la realidad social ha hecho que disminuya la sensación de falta de comprensión y de confusión o desorientación. La razón no es otra que la aceptación de una pluralidad y el rechazo a todo debate unilineal, bien sea de inspiración funcionalista, estructural o inspirado en el materialismo histórico. Esta amplitud de miras e incorporación de nuevos principios teóricos y epistemológicos ha sido posible, en parte, gracias al paso de gigante que ha significado el método nominativo, punto de arranque teórico de la corriente microhistoria y, desde luego, algo más que un método.

En este sentido y para explicar la nueva situación, el lenguaje y el discurso se presentan como claves explicativas de la realidad social, cultural y política. Ahora bien, el lenguaje no son simplemente palabras, sino modos de pensar y entender el mundo y la sociedad. El resultado es que la categoría *clase* se bate en retirada y emerge una historia atenta a la semiología y a las identidades y, por tanto, a lo simbólico y lo representativo. Desde esta perspectiva la historia social de las dos últimas décadas logró

² *Ecrits sur L'Histoire*, Paris, 1969, pp.34-35.

incorporar ingredientes de la historia cultural y política. Y para ello era necesario decodificar prácticas simbólicas. Lo cultural se presenta así como expresión y representación de las experiencias y relaciones sociales.

INDIVIDUO-COLECTIVIDAD: PROBLEMÁTICA Y DEBATES.-

Nos encontramos en un momento de transición fundamental: hemos estado acostumbrados a pensar e interpretar la historia a partir de categorías rígidas y preestablecidas que arrancan de finales del siglo XIX y primera mitad del XX, como revolución industrial, revolución francesa, Antiguo Régimen, burguesía, nobleza o campesinado, que se han proyectado sobre las fuentes para confirmar o no unas hipótesis de trabajo construidas a partir de rígidas lecturas del pasado en las que predominaba lo estructural. Entre esta realidad y la ruptura de la misma, asistimos a un largo proceso en el que aparecen algunos significativos y relevantes denominadores de cara a explicar el estado de la cuestión; se tiene la sensación de que según el período histórico que se analice o la problemática que se estudie, el enfoque cambia y las teorías se aplican de manera distinta; la formación teórica es débil y la relación entre teoría, método y experiencia empírica desigual; en ocasiones, se produce un exceso de teorización con falta de relación entre teoría y práctica; existe ansiedad por buscar elementos de definición: aparte de los conceptos de *habitus*, discurso o giro lingüístico, giro material, giro social, giro cultural o giro constructivista son empleados para definir los cambios introducidos en el análisis social.

La ruptura y el cambio sobre esta problemática vendrá dada por lo que supuso el giro lingüístico al cuestionarse las estructuras sociales que tendían, en palabras de Sewell, a reducir a los actores a autómatas programados (Sewell, 1992, 2), a partir de los códigos y significados que las palabras y, por tanto, el lenguaje concedía y otorgaba a la interpretación histórica.

Para explicar esta ruptura tomaremos en consideración los elementos constitutivos de los distintos debates señalados; en primer lugar: *los modos de descripción de las lógicas del pasado*. Desde esta perspectiva, el giro lingüístico supone adoptar la noción de que el lenguaje es el factor clave que da contenido y significación al pasado; de tal forma y con tanta fuerza que la semiótica se convierte en una referencia para algunos historiadores al pensar que aparte de medio de comunicación es una estructura de relaciones objetivas que explica el discurso, convirtiéndose éste en la clave explicativa del pasado y del presente cuya comprensión viene dada por el lenguaje y sus códigos. Sin embargo, el giro lingüístico también busca a través de la construcción discursiva la capacidad de creación de una unidad social bien de grupo o de clase, que no es posible plantear sólo desde los intereses materiales; es éste un tipo de análisis en el que los individuos desaparecen.

La postura de E.P. Thompson sintetiza los cambios que se producen en el análisis histórico: en lugar de estructura hablamos de proceso, y el sujeto y el individuo vuelven a la historia. La contextualización de esta postura impulsa la historia cultural que intenta superar la división entre sociedad y cultura. Hasta ahora se ha analizado y subrayado un concepto de cultura vinculado a grupos sociales: cultura popular, cultura de élite, y, tal vez, se ha dejado en un plano secundario la cultura como síntesis de pertenencia a una sociedad que reúne unos determinados caracteres. Sin embargo, creemos que hay que considerar a la cultura como una categoría de la vida social relacionada con la economía, la sociedad y la política; también se puede considerar como un sistema de símbolos que poseen una coherencia que al ponerse en práctica está sujeta a transformaciones.

Desde este punto de vista, y siguiendo la reflexión de Beatriz I. Moreyra (Beatriz I. Moreyra, 2007), se debe rechazar toda autonomización de la cultura y subrayar su imbricación con el contexto espacial y temporal. Pero no al modo que plantean los *Cultural Studies*, ya que al anular las jerarquías y los sistemas de dominación, rompen las relaciones sociales.

La dimensión cultural y la material deben de guardar una estrecha relación; así lo prueban los estudios que desde el consumo y las relaciones comerciales alteran los presupuestos de procesos históricos que, como la Revolución industrial, por ejemplo, sólo se han explicado desde perspectivas y miradas economicistas.

Entendemos el concepto de cultura como acciones que, con o sin carácter estratégico, se identifican con un determinado y concreto código semiótico que se expresa a través del lenguaje y con el que se ponen en relación símbolos y signos con hechos reales. Esta realidad es la práctica que se entiende como el espacio en el que se produce el encuentro entre los individuos, con las actuaciones que llevan a cabo y el sentido y significado discursivo de dichas actuaciones expresadas a través del lenguaje. De esta manera, cualquier forma de práctica cultural significa basarse en un conjunto de significados convencionales pero compartidos, por lo que pueden ser comprendidos y coherentes.

Nos encontramos en el ámbito de la representación y, por tanto, en el de percepción y en el de la recreación del discurso. Pero en el concepto de representación conectamos tres realidades: las expresiones colectivas que incorporan los individuos, las formas e imágenes del poder y de lo social, y todo ello formando parte de la identidad individual y colectiva.

El segundo debate: *estratificación y organización de la sociedad*, parte de un problema inicial: el anacronismo del lenguaje utilizado en siglos posteriores para referirse a situaciones y hechos del pasado, así como la proyección del presente sobre fuentes creadas en otras épocas y contextos y, por tanto, con significados diferentes. Aparece como problema en las significaciones políticas, en los análisis de actividades profesionales y en las denominaciones de las mismas y, por supuesto, en los análisis culturales. La síntesis entre la profesión y el estatuto social delimita grupos en virtud de criterios comprensibles para los investigadores que pueden no corresponder a la experiencia de los actores sociales, lo que nos traslada a un anacronismo y a un significado distinto del lenguaje.

En el centro de este problema se encuentra, como afirma Simona Cerutti, “la classification ignore le problème de la validité de ses propres critères aux yeux des protagonistes de l'époque” (Cerutti, 1995, 228). En este sentido, las categorías sociales no deberían ser separables de las prácticas que les dan sentido. No se puede hacer una definición a posteriori que los contemporáneos no habrían reconocido como tales. Se trata de elaborar análisis de identidades sociales que no “aprisionen” a los actores sociales en categorías rígidas. Los grupos socio-profesionales se han entendido como instrumentos de identificación de los individuos y se plantea la diferencia entre socio-profesional y grupo social. Esto nos lleva a la relación entre profesión o actividad y status social; lo cuál hace que dicha realidad quede señalada sólo a partir de la indicación de la actividad. Esta es muy limitada y por sí sola no es capaz de recoger la complejidad del estatuto social. Sería aplicar criterios de clasificación social propia de los siglos XIX y XX a realidades que se dejan englobar muy poco por estas clasificaciones. La taxonomía es una forma de representación, pero la actividad que se indica, desliza al individuo hacia el grupo. Lo cuál ha dado lugar a una situación esclerotizada, estática y rígida, se ha producido, por tanto, una vuelta a las fuentes, al lenguaje de los documentos y, sobre todo, a completar una realidad limitada a la que se

le habían otorgado amplísimos poderes explicativos. Es decir, los actores sociales son protagonistas de lo individual pero sin romper el grupo; definiéndoles más en profundidad mediante su trayectoria de vida y genealogía social. La explicación individual servirá para matizar el grupo.

No se intenta negar la pertenencia de los individuos a las categorías profesionales, sino examinar cómo las relaciones sociales crean solidaridades, alianzas y grupos estables. Pero se pueden producir rupturas entre discursos y comportamientos. Más que en términos de unidades individuales se trata de pensar en términos de sistemas de relaciones. Al reconstruir las interrelaciones no se puede limitar a niveles de análisis preestablecidos (relaciones de producción), el horizonte social lo dibujan y escriben los individuos a través del recorrido que llevan a cabo en diferentes medios: la familia, el trabajo, la vida social. Lo importante es comprender las formas que adopta la estratificación social y las razones de estas reformas. Tenemos que dirigir nuestra mirada hacia las imposiciones normativas y hacia la capacidad mayor o menor, pero siempre capacidad, de los actores sociales para cambiar.

Nos encontramos ante una aproximación lingüística que puede producir una separación entre los discursos y el plano social; de tal forma que los semiólogos se convierten en referencia de los historiadores más que los especialistas en ciencias sociales. Pero, en realidad, la clasificación funde su legitimidad en el interés y en las experiencias, así como en las relaciones sociales.

Como consecuencia de todo lo expuesto, no se puede hablar de un conjunto único de fenómenos determinando las formas de organización social y su transformación, sino más bien de una pluralidad de fenómenos independientes y de naturaleza diferente que coexisten en el mismo espacio social, y que evolucionan según sus propias lógicas y no según un proceso general preestablecido y predeterminado.

A un interés por la trayectoria y la función ha sucedido un interés por el contexto y el sentido. Es decir, la confianza en el hecho social ha dado paso a la cultura y al discurso como formas más ricas y complementarias de explicación, pero no deben de anular lo social. Sólo si se establecen unas mejores posibilidades de análisis del hecho social, el discurso y la cultura serían positivos. El historiador social ha aprendido a descodificar prácticas simbólicas y representaciones del mundo social que son constituyentes de dicha realidad social. Aquí entra la representación que modela las prácticas. El importante libro *Beyond the cultural turn. New directions in the study of society and culture*, (Bonnell V. y Hunt (eds.) (1999) indica que es necesario que los historiadores sociales vuelvan al análisis de las estructuras, de los procesos económicos así como de la cuantificación.

¿Hasta qué punto el sentido, la percepción y la significación de lo social, es decir, de formar parte de un conjunto social estructurado de una forma o de otra se encuentra interiorizado e incluido en el orden jerárquico de los individuos? Es necesario reformular la noción de lo social para que la investigación dé cuenta de la naturaleza material de los contextos sociales. Se trata de una diversificación y amplitud del foco que ilumina la historia social. Un foco que tiene en el concepto de causalidad social la piedra angular del paradigma explicativo de la historia social. Digamos que el concepto de sociedad surge y se descubre en el siglo XVIII frente al de comunidad. En los años 60 y 70 del siglo XX la noción gramsciana de “hegemonía” se opone a los modelos reduccionistas propios del funcionalismo norteamericano a la vez que considera la complejidad de la evolución social.

Es a principios de los 80 cuando las concepciones culturalistas se ven desplazadas por la atención prestada al lenguaje (Moreyra, 2007, 5). Es entonces cuando la historia social no se realiza a partir de las lógicas preestablecidas sino considerando

las acciones humanas llevadas a cabo en momentos sucesivos y en circunstancias determinadas. La actividad social es siempre provisional e inestable, y los actores sociales que la ponen en acción y la justifican recurren a numerosos y diversos planos y esferas de la realidad; así pues, no se puede hablar de un conjunto único de fenómenos determinando las formas de organización social y su transformación sino una gran variedad de hechos que no siguen unas normas preestablecidas sino sus propias lógicas, por tanto aparecen con un carácter discontinuo, indeterminado y multidireccional; la consecuencia es la dificultad de captar el sentido y la dirección y estrategia de dichos comportamientos.

En el panorama de la historia social el sentido culturalista y la reivindicación de lo individual trae nuevas formas, ya que sociedad e individuo están relacionados y genealógicamente unidos. Los límites y las capacidades de elección del individuo dependen, esencialmente, de las características que presentan sus relaciones con los otros; es este proceso social el que se sitúa en el corazón del análisis y el que desplaza la historia hacia el proceso y las interacciones y relaciones (Cerutti, 1995, 233). En este panorama podemos dibujar una trilogía formada por: INDIVIDUO-SOCIEDAD-SOCIAL, en la que la estadística juega un importante papel para dar fuerza a lo social. Se trata de una formalización estadística de lo social que tendrá en lo biográfico su mejor reflejo (Gribaudi, 2004; Acton, 2005). Los datos son necesarios para la recuperación del pasado social; y en cuanto a los datos nominativos, hay que desplazarlos hacia las articulaciones internas de las acciones y realidades sociales de cada momento; es por ello, que podemos afirmar que abandonar la cuantificación de manera absoluta significa una involución en el desarrollo disciplinar de la historia social. Afirmación un tanto atrevida o que será leída con cierto desdén, pero que nos parece fundamental en el sentido particular y global de la evolución histórica.

Respecto al tercer debate: *el sistema de relaciones*, el capital relacional se convierte en un atributo fundamental para explicar la organización social y sus equilibrios, desigualdades y conflictos. Hay que tener en cuenta que entre individuo, sociedad, discurso y cultura se produce una relación fluida y básica. Por otra parte, las acciones que llevan a cabo los individuos contienen y explican las relaciones de interdependencia de los seres humanos. Una relación fundamental es la que se establece entre los pensamientos, valores y significados que pertenecen al proceso mental y cultural del individuo y sus reflejos en las prácticas públicas, los rituales y los simbolismos y, que por tanto, se pueden expresar, conocer, medir, valorar y comparar.

El ejemplo de la relación entre poder, familia y sociedad a lo largo del Antiguo Régimen puede ser demostrativo de lo relacional así como de la estratificación y organización social y también de los modos de descripción. Tengamos en cuenta, en primer lugar que el orden político es concebido en términos de Cristiandad antes que en el de formaciones estatales. El entramado institucional demuestra esta teoría y la organización polisinodial de la Monarquía que incluía tres Consejos: Inquisición, Ordenes, Cruzada, de difícil justificación político-administrativa, demuestra el papel de la Iglesia y de lo religioso en una sociedad en donde no existe la separación entre lo sagrado y lo profano ni entre público y privado. Por otra parte, familia se vincula directamente al parentesco y a las formas de organización doméstica, de convivencia y a las relaciones sociales. Hay, además, una gran diversidad y diferente significación de los conceptos Familia y Poder en espacios y épocas distintas, de manera que se expresan de distintas formas, maneras y adoptan unas relaciones diversas que corresponden a los valores y prácticas que explican dichas relaciones.

Pero cuando la realidad se expresa lo hace a través de la organización social existente en cada época y coyuntura, por lo que no existe el poder como concepto ni

como praxis desgajado de la realidad social. El significado de Poder para Foucault revela el sentido integrador del mismo; para este autor no es característica de una clase o de una elite gobernante, no se origina en la economía o en la política; el poder existe como una red infinitamente compleja de micropoderes, es decir, de relaciones de poder que penetran todos los aspectos de la vida social y están entrelazados y relacionados con la producción, el parentesco, la familia y pueden ser estudiados, al menos en su concepción teórica, mediante la estadística. (O'Brien, 1989, 36). Por ello, es en las formas y prácticas de las relaciones sociales por donde circula el poder y se manifiesta a través de ellas. Es aquí, precisamente, donde se produce la confluencia de los intereses entre ambos objetos de estudio; es decir, a través de las estrategias y las formas que adopta el poder para expresarse, especialmente en la intermediación y en los espacios desde los que se proyecta y donde descansa. Y aquí la familia tiene plena presencia por cuanto ella es instrumento que aglutina y moviliza poderes y, por tanto, órgano de expresión de los mismos.

El surgimiento de nuevos enfoques y planteamientos en el horizonte historiográfico sitúa a la familia y su capacidad explicativa en un primer plano. No exenta de problemas respecto a los mecanismos de relación, ya que habría que preguntarse cómo toman forma los destinos individuales y en qué medida son influenciados, organizados y encuadrados por las estructuras y las relaciones sociales. Es evidente que nos encontramos en plena fase de cambio y transformaciones. Así, tras la reconstrucción familiar, la tipología estructural y una intensa etapa de intentos de modelización a través de establecer relaciones entre tipología y variables demográficas y económicas (edad femenina en las primeras nupcias, niveles de celibato definitivo, sistemas de herencia), aparecen nuevos problemas en el horizonte: integrar el parentesco en su dimensión social; analizar y explicar los vínculos que ponen en relación a los individuos o situar a la familia en la red social de solidaridad, relaciones de dependencia y ciclo de vida. Y todo ello se configura y constituye alrededor de un primer círculo basado en las relaciones de consanguinidad, que se mezcla, une y confunde, en muchas ocasiones, con el originado por el parentesco ficticio y la alianza. Desde estos círculos, y a través de la amistad, se proyecta la relación familiar hacia otros grupos sociales que pueden convertirse en lazos de amistad; también la relación clientelar, de carácter dependiente y vertical, se puede iniciar, aunque no necesariamente, desde círculos familiares.

El entramado que se produce, tiene y presenta una gran complejidad por cuanto los lazos y vínculos de relación social están atravesados por la consanguinidad, el parentesco, el parentesco ficticio, la alianza, la amistad, el clientelismo y, además, se entretajan sobre diversas instituciones que actúan como órganos independientes, aunque quienes les dan vida pueden y suelen estar relacionados entre sí por fuertes y sólidos lazos de sangre o/y amistad. Por ello, es fundamental reconstruir la red de relaciones que se entrelazan a partir de la familia y en las que los intereses horizontales de grupo están cohesionados por la familia y la amistad, mientras que la cohesión clientelar, al tener un carácter jerarquizado, aparece cohesionada por relaciones de dominación de carácter vertical. Pero no pensemos que ambas situaciones se dan en estado puro; al contrario, el camino de la relación o el del ascenso social y la estrategia suelen caracterizarse por un entramado a la vez vertical y horizontal con nudos centrales muy fuertes que, conforme nos alejamos de ellos tanto en sentido vertical como horizontal, se van debilitando. Estas relaciones se plasman, se consolidan o se enfrentan alrededor de los poderes señoriales, eclesiásticos, locales o del Rey. Sólo desde una perspectiva generacional es posible entender los ideales de reproducción y perpetuación. Por todo

ello, se explica la fuerte presencia historiográfica que tienen los estudios de *network analysis* o redes sociales.

Son, precisamente, los siglos de la modernidad (XV-XVI-XVIII-XIX), los que se definen no tanto por los cambios en la organización y estructuras sociales como por la burocracia que generan las monarquías renacentistas y barrocas y también la difusión de una cultura escrita. Para completar la definición se pone de manifiesto la necesidad de explorar las múltiples influencias procedentes de las crisis políticas e intelectuales, a la vez que las corrientes más lentas y profundas de la economía. Igualmente, hay que considerar el enlace entre mentalidad religiosa y reafirmación de las estructuras políticas y sociales a la vez que el juego mútuo de influencias entre las formas de economía, jerarquía social y corrientes de reforma y rivalidad religiosa.

CONCLUSION

A pesar de los diez años transcurridos desde la publicación de la crítica de Gareth Stedman Jones al libro de Bernard Lepetit, *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale* (Stedman Jones, G., 1998) en donde aparte de subrayar las notables diferencias entre la práctica de la historia social en Francia e Inglaterra³, lleva a cabo un recorrido sobre los puntos básicos de la nueva historia social, así como la reciente publicación (2005) de la obra editada por Gabrielle M. Spiegel (*Practicing History. New directions in historical writing after the linguistic turn*), no podemos decir que se hayan producido novedades de interés o que las propuestas teóricas hayan alcanzando ejemplos prácticos que demuestren una renovación profunda en la historiografía internacional, más allá de lo que significa el *linguistic turn*, la historia conceptual e intelectual de origen alemán y su relación con la historia social.

Si quisiésemos establecer una conclusión en el terreno de las prácticas, ésta podría orientarse hacia la necesidad de crear espacios de debate que den lugar a una síntesis explicativa que integre lo individual y lo social a la vez que el lenguaje y el contexto político-cultural de la sociedad. Sintetizando, se trata de poner en relación tres elementos clave: individuo-discurso y cultura.

Al giro lingüístico le está sucediendo un giro histórico. A esta torpe manera de definir la situación creada por las influencias historiográficas de las nuevas corrientes, podríamos darle un sentido más exacto si afirmásemos que al giro lingüístico se le está superponiendo y relacionando de manera más estrecha cada vez, lo que nunca debió de abandonar: el giro histórico; es decir, una nueva interpretación y revolución de lo nominativo. Al innovador trabajo de Carlo Poni y Carlo Guinszbur, *il nome e il come*, tendríamos que añadirle las propuestas que desde la categoría del individuo se han presentado en el escenario de la historia social para recuperar su necesario protagonismo. Y así, la biografía, la prosopografía, la genealogía y las redes sociales se integran en las nuevas interpretaciones de una historia social en la que la acción

³ Una de las críticas hace referencia a la nula discusión de la historiografía francesa sobre la frontera entre la historia social y la historia política ni la presencia de vías alternativas como la que desarrolla en Cambridge sobre el contexto de los lenguajes políticos o el proyecto que, en Alemania, dirige Koselleck sobre historia social e historia intelectual, *ibidem*, p. 390

histórica supone poner en relación al individuo con el contexto cultural en el que se insertan y explican los poderes y las instituciones formadas por individuos, pero a los que no podemos entender como seres aislados sino integrados en espacios familiares, de parentesco y de carácter económico y político.

Alrededor de esta problemática surgen tres cuestiones clave:

1. estructuración de las sociedades en grupos sociales con recuperación del concepto clase, pero concibiéndolo como el producto de un proceso histórico que no precisa cumplirse forzosamente, sino que se encuentra condicionado por realidades y relaciones sociales que pueden matizar la integración del individuo en dicho espacio social, al tratarse de una situación mucho más compleja en la que entran en juego las jerarquías sociales.
2. Estudio de las desigualdades y sus evoluciones, con especial atención a la jerarquía como factor explicativo de la dominación y la dependencia.
3. Estas dos cuestiones previas, reenvían al estudio de la familia, la actividad, las circunstancias de vida y la autoridad bajo las cuáles las personas actúan y elaboran sus interpretaciones. Es ahora cuando la familia se convierte en un laboratorio de relaciones de clase y procesos sociales.

Cuestiones que requieren unas condiciones: en primer lugar superación de las dualidades que contraponen análisis materiales, estructurales o institucionales a los culturales, simbólicos y representativos; en segundo lugar, y como consecuencia de esta necesaria eliminación, es preciso que los historiadores sociales relacionen sus propuestas con los procesos económicos y políticos y con los modos de producción y distribución; una tercera condición es la necesaria superación del marco nacional como unidad de análisis. Los enfoques deben ser transnacionales en perspectiva comparativa.

La respuesta de *Annales* a la crítica de G.Stedman Jones concluye señalando la aportación de Patrick Joyce y el propio Stedman Jones y el *Cambridge turn* respecto a la necesidad de superar una historiografía determinista, e interrogándose sobre cómo introducir la historicidad de las instituciones en los análisis que privilegian al actor individual, y cómo articular y legitimar los análisis efectuados a escalas diferentes (Stedman Jones, G., 1998, 394). El problema que se plantea y que puede sintetizar la reflexión teórica contenida en estas líneas, es la de cómo pasar de una escala a otra a la vez que es necesario integrar ambas. Es decir, hay que salir del individuo y de la familia para llegar al análisis de conjunto pero sin abandonarles. Sólo la práctica nos dará respuesta. Desde esta perspectiva, la investigación histórica tendrá a las prácticas, y no a la estructura, como el punto de partida del análisis social, pues es en la práctica donde tiene lugar la intersección entre lo discursivo y la iniciativa y acción individual (Spiegel, G.M., 2006, 42)

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.-

Acton, F., (2005): “la biografía y el estudio de la identidad”, en Davis, J.C. y Burdiel, I. (eds.), *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, Valencia, pp. 177-197.

Bonnell V. y Hunt (1999) (eds.): *Beyond the Cultural Turn. New directions in the study of society and culture*, Berkeley

Braudel, F. (1969): *Ecrits sur l'Histoire*, Paris.

Cabrera, M. A. (2003): “La crisis de la historia social y el surgimiento de una historia postsocial”, *Ayer*, 51, pp. 201-224.

----- (2006) (ed.) “Más allá de la historia social”, *Ayer*, 62, pp.9-17.

-----y Santana Acuña, A. (2006): “De la historia social a la historia de lo social”, *Ayer*, 62, pp.165-192.

Castillo, S. (1991) (coord.): *La historia social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid.

Cerutti, S. (1991): “Pragmatique et histoire. ce dont le sociologues son capables (note critique)”, *Annales ESC*, novembre-décembre, 6, pp.1437-1445.

----- (1995): “La construction des categories sociales”, *Passés recomposés.Champs et chantiers de l'Histoire*, editions Autrement, 150-151, pp. 224-234.

----- (1997): “Le linguistic turn en Angleterre. Notes sur un débat et ses censures”, *Enquete*, 5, pp. 125-140

Chartier, R. (1992), *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona.

----- (1993), “De la historia de la cultura a la historia cultural de lo social”, *Historia Social*, 17, pp. 97-103.

Grendi, E. (1986): “Storia sociale e storia interpretative”, *Quaderni Storici*, 61, a. XXI, 1, aprile, pp. 201-210.

Gribaudo, M. (2004): “Biography, academic context and models of social análisis”, Anna-Maija Castrén (ed). *Between sociology and history*, Helsinki, pp. 102-129.

Hunt, L. (1989) (ed.): *The new cultural history*, Berkeley.

Joyce, P. (1998): “The return of history: postmodernism and the politics of academic history in Britain”, *Past and Present*, 158.

- Lepetit, B. (1995) (dir.): *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale*, París.
- McDonald, T.J. (1996) (ed.): *The historic turn in the human sciences*, Michigan
- Merllié, D. y Prévot, J. (1991): *La mobilité sociale*, Editions La Découverte, París.
- Moreyra, B.I. (2007): “La historia social más allá del giro cultural: algunas reflexiones” en www.historiografia.org.ar/revista.
- Piqueras, J.A. (1991): “El abuso del método, un asalto a la teoría”, en Castillo, S. (coord.), *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, pp. 87-110.
- Sewell, Jr. W.H. (1992): “A theory of structure: duality, agency and transformation”, *American Journal of Sociology*, 98.
- Spiegel, G. M. (2006), “La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico”, *Ayer*, 62, pp.19-50.
- Stearns, P. (2003): “Social history present and future”, *Journal of social history*, Special Issue: The futures of social History, 37.
- Stedman Jones, G. (1998): “Une autre histoire sociale? (note critique)”, *Annales HSS*, mars-avril, 2, pp. 383-394.
- Vázquez de Prada, V. y otros (1998): *En la encrucijada de la ciencia histórica hoy. El auge de la historia cultural*, Pamplona.